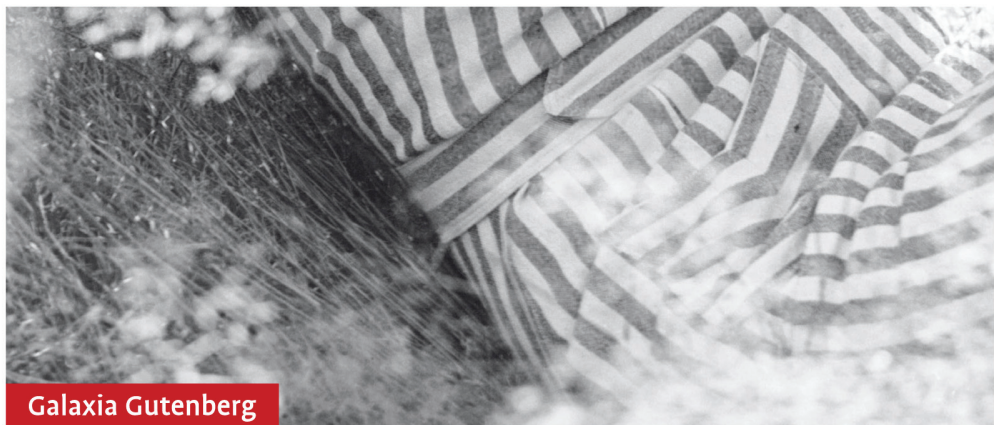




Xavier Güell
Los prisioneros del paraíso



XAVIER GÜELL

Los prisioneros del paraíso

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: enero 2017

© Xavier Güell, 2017
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: CAYFOSA- Impresia Ibérica
Carretera de Caldes, km 3, 08130 Santa Perpetua de Mogoda
Depósito legal: B. 156-2017
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-802-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

I

Las ruedas del tren chirrían estremecidas hasta detenerse con una violenta sacudida.

–¿Qué pasa? –pregunta un hombre con la cara estriada y una venda que le cubre parte de la cabeza, tras despertarse sobresaltado.

–No sé –contesta otro de ojos azules y aspecto muy tranquilo en voz baja, como si hablara con una persona lejana e invisible.

Suspiran. Cerca de ellos un viejo gime.

–¿Dónde estamos? –vuelve a preguntar el primero.

–Creo que a punto de llegar a la frontera con Polonia, pero no estoy seguro.

–¿Qué hora será?

–No tengo la menor idea. Es aún de noche. Voy a intentar ver qué ocurre.

A empujones, procura abrirse paso hasta la única ventanilla del vagón. Un tipo gordo, encorvado como un pollo picoteando el grano, exclama furibundo:

–¡Tenga cuidado, por Dios!

–Perdón, señor, quiero averiguar qué sucede –le responde el hombre tranquilo, con un aire de exquisita urbanidad.

Alguien grita desde el fondo del vagón. Es un grito de angustia que asusta a los demás. Los gritos de angustia son largos: empiezan débiles, imperceptibles, y poco a poco van creciendo hasta convertirse en aullidos del alma, provocados por el miedo incontrolado ante la sospecha de una muerte próxima. A este primer grito lo siguen otros iguales que se extienden y retumban por todo el recinto.

El hombre tranquilo ha llegado al tragaluz y puede ver un paisaje que le resulta familiar. Están en la estación de Náchod, muy cerca de la frontera con Polonia. Un grupo de militares de las SS conduce a un pelotón de prisioneros. Los alumbran con sus linternas. Nieva. Una luna rojiza, muy hermosa, refleja los copos que caen del cielo como gotas de sangre sobre las cabezas vencidas de los deportados. Los bramidos de los militares se mezclan con los gritos del interior. Es una sinfonía compuesta únicamente por aullidos que refleja el dolor universal. La otra cara de la Novena de Beethoven. Un himno a la destrucción, al horror, a la barbarie que desde tiempo inmemorial baña la tierra afligida y demuestra que el hombre ha sido siempre una bestia para el hombre: «¡Destrozaos, millones de seres! ¡Este beso de muerte es para el mundo entero! Enemigos funestos, sobre la bóveda estrellada habita un padre amante. Aunque lo busquéis por encima de las estrellas, jamás lo encontraréis».

El hombre tranquilo vuelve a su sitio. El tipo gordo que antes le imprecaba ahora lo abraza. Ve cómo su amigo intenta dar ánimos a un chico que se ha abierto paso hasta él. Al llegar le pregunta su nombre.

–Me llamo Merkel. He perdido a mi hermano mayor; debe de estar en otro vagón. ¿Tenéis un poco de agua?

Le dan la última que queda en la cantimplora. Después de beber, el chico, asustado, pregunta por qué se han parado.

–Estamos en la estación de Náchod, justo antes de la frontera –responde el hombre tranquilo con una voz grave de bajo abaritonado–. Hay más presos fuera. Los van a introducir en el tren. Quédate con nosotros. Cuidaremos de ti.

–Me estoy meando; no aguanto más –dice el chico, un poco avergonzado.

–Utiliza la cantimplora –le propone el hombre de la venda–. Está vacía. No podremos beber hasta que lleguemos.

El chico introduce su pequeño miembro en el orificio de la bota y orina. La puerta se acaba de abrir. Espantado por los alaridos, un numeroso grupo de presos intenta subir. Los militares empujan con las culatas de sus fusiles. Desde el vagón, observan cómo disparan

sobre uno que se resiste. Cae muerto en el acto. Lo apartan. Un soldado entra y ordena a todos que se aprieten contra la pared del fondo. No es posible, no hay espacio. El soldado saca su pistola y dispara al azar. Un niño se escurre entre los brazos de su padre. El padre se agacha, se tumba en el suelo junto a su hijo muerto y pide que le dispare también a él. El soldado accede. Después, arrastra los dos cuerpos hasta que se desploman inertes sobre la nieve del andén. Con un esfuerzo supremo todos se abrazan fundiéndose contra la parte trasera del furgón. Entran más de treinta nuevos reclusos. Escuchan una voz que dice desde el exterior: «Basta. Veamos si hay más sitio en otro vagón». La puerta se cierra desde fuera. Los dos amigos y el chico están como cosidos entre sí. Permanecen callados, casi sin poder respirar. Su aliento se derrite en uno solo. El tren sigue parado. Será imposible aguantar. Morirán todos abrazados. «Al fin y al cabo –piensa el hombre tranquilo–, morir abrazado a otro ser humano es una hermosa manera de morir.»

–No tenemos aire suficiente –interviene el hombre de la venda–. Hay que romper el vidrio de la ventana.

–No hay manera de llegar hasta ella. Es imposible moverse.

Gritan hacia la izquierda, dirigiéndose a un grupo que se aprieta contra la ventana:

–¡Romped la ventana! ¡Necesitamos aire! ¡Rompedla! ¡Rompedla!...

A pesar del estrépito general, parecen entenderlos. Un tipo de aspecto agitanado se saca la camisa, se la enrolla en la mano y golpea con fuerza. El vidrio cede y una bocanada de aire helado, bendito, riega el vagón. Lo tragan con ansia, como si fuera el último de sus vidas. El llanto general se apaga de golpe. Todos se concentran en respirar. Sólo en respirar. Aspiran llenando de aire los pulmones, lo mantienen dentro saboreándolo, para al fin expulsarlo con breves pausas. De pronto sienten cómo la vida vuelve a entrar en sus cuerpos. Es un soplo de vida nueva que, una vez más, les regala otra oportunidad.

El tren continúa sin moverse. El chico quiere decir algo. El hombre de la venda, con un gesto enérgico, le manda callar.

Otto Zucker, vicedecano del campo de concentración de Theresienstadt, era un hombre de maneras exquisitas y mirada inteligente que daba a todos una impresión de confianza y tranquilidad. Arquitecto, ingeniero y excelente músico, tenía una enorme capacidad de trabajo, sustentada en una voluntad apasionada e inquebrantable. Valeroso en extremo, afrontaba cualquier problema, por difícil que fuera, con absoluta determinación. De él se decía que era el único judío al que Reinhard Heydrich, protector del Reich para Bohemia y Moravia, había querido. Compañeros en el conservatorio de Dresde, los dos llegaron a ser excelentes violinistas y, de no haberse metido la guerra de por medio, habrían seguido manteniendo una relación en la que el fuerte carácter de Zucker predominaba sobre la superficial vanidad de Heydrich. La guerra los separó de forma irreconciliable, pero, aun así, siguió existiendo entre ellos una cierta dependencia que sólo la amistad, labrada en los años de adolescencia y juventud, hace perdurar. Cuando Zucker fue detenido y condenado a muerte como máximo responsable de la Resistencia en Praga, la pronta intervención de Heydrich lo salvó de una ejecución segura. Se le conmutó la pena capital por trabajos forzados en un campo de concentración en Silesia, donde estuvo poco tiempo gracias otra vez a su amigo, que lo sacó de ahí para enviarlo al gueto de Praga. Heydrich permitió, ante la sorpresa de todos sus subalternos, que volviera a desplegar en el gueto su febril actividad y mejorara de forma sustancial las condiciones de vida de todos sus cautivos. Los nazis conocían su relación con «el jefe» y de ninguna manera se atrevieron a tocarle. La muerte de Heydrich significó una mer-

ma importante en la influencia de Zucker y a punto estuvo otra vez de ser fusilado, pero Adolf Eichmann, un triste funcionario siempre obediente que debía todo su poder a Heydrich, lo envió a Theresienstadt en homenaje a su llorado superior y lo nombró vicedecano del Consejo.

De corta estatura, cuerpo bien proporcionado y facciones muy pronunciadas, todo en Zucker irradiaba autoridad. Sus ojos azules, penetrantes, miraban siempre de frente y desarmaban a sus interlocutores. Tenía unas manos pequeñas, ágiles, muy expresivas, con los dedos gruesos, perfectos para tocar el violín. Su nariz aguileña, enérgica, destacaba sobre los bellos rasgos de su cara, de tez muy pálida y labios finos que producían al sonreír la más agradable impresión. Pero lo que verdaderamente llamaba la atención de Zucker y dominaba por encima de lo demás era su voz. Una voz cálida, bien timbrada, con un registro amplio de tonos suaves y vigorosos que manejaba a la perfección y que hacía que los que la escuchaban se rindiesen en el acto a sus deseos. Lector empedernido, conocía una buena parte de la literatura universal y llegó a ser un reconocido especialista en la obra de los rusos, sobre todo de Dostoievski y Tolstói. Sus lecturas en voz alta de largos fragmentos de *Los hermanos Karamázov* y *Guerra y paz* congregaron a un público entusiasta de prisioneros, durante el tiempo en el que fue vicedecano del Consejo.

El pequeño cuartucho que servía de despacho a Otto Zucker estaba situado en el edificio BV, justo en el extremo sur de Theresienstadt. En el mismo bloque se encontraban también las habitaciones destinadas a Jacob Edelstein, el decano, y a los demás miembros del Consejo. El despacho estaba siempre desordenado y era casi imposible caminar sin tropezarse con cajas, archivos y papeles esparcidos por el suelo. En sus dos estanterías frontales, atiborradas de libros, destacaban unos gruesos volúmenes muy gastados, forrados en piel roja, con obras de Kafka. Desde su única ventana se observaba el crematorio, rodeado de eucaliptos y tilos frondosos, antesala de una naturaleza que, sobre todo en primavera y verano, era espectacular.

En cuanto Viktor Ullmann y Hans Krasa, dos prisioneros del campo, entraron en su despacho, Zucker se dirigió hacia ellos con una sonrisa franca y, con su voz característica, que ya nunca olvidarían, les dijo:

–Queridos amigos, los estaba esperando. Siéntense, por favor. Tengo algo muy importante que comunicarles; es un tema de extrema urgencia que sin duda cambiará el triste estado en el que se encuentra nuestro campo y nos ayudará a sobrellevar mejor las dificultades que atravesamos.

Viktor y Hans se acomodaron en un sofá gris, desvencijado, y se dispusieron a escuchar con la máxima atención. Zucker, pensativo, dio dos vueltas alrededor del recinto y se dirigió de nuevo a ellos.

–Señores, es evidente que así no podemos continuar. Tenemos en Theresienstadt a cientos de artistas a los cuales debemos proteger. Sí, ése es nuestro deber. –Esto último lo dijo marcando mucho las palabras–. Es nuestro deber –insistió con énfasis– encontrar una manera de mitigar las horribles condiciones de vida que padecen. –Permaneció unos instantes en silencio. Viktor y Hans seguían cada una de sus palabras como si les fuese la vida en ello–. Y además están los niños –continuó Zucker–. Salvar a los niños, encontrar una solución para ellos es lo más importante; casi les diría que es lo único que importa. Nosotros podemos sufrir, pero ellos no. Se pasan los días encerrados en sucios barracones sin las menores condiciones higiénicas, supervisados por el escaso e incompetente personal femenino, que los trata con una dureza extrema. No reciben clases de ningún tipo. No pueden jugar. No se les permite hacer nada. De ninguna manera pueden seguir así. –Zucker había dicho esto último como para sí mismo, muy despacio, de forma casi inaudible. Retomando el tono enérgico, prosiguió–: Amigos míos, permítanme llamarlos así pues los considero de verdad mis amigos, les he pedido que viniesen porque tienen que ayudarme a organizar un comité para la realización de actividades culturales. Me he propuesto hacer de Theresienstadt el centro artístico más importante de nuestra pobre y atormentada Europa. Nosotros los judíos, a pesar de las terribles circunstancias en

las que nos encontramos, tenemos que demostrar al mundo que el arte, la cultura y sobre todo la música son las únicas vías que nos salvarán de la barbarie y la irracionalidad. No tengo capacidad, en las actuales circunstancias, de paliar el extremo dolor que nuestro pueblo padece, pero quiero encontrar un medio para que por lo menos en Theresienstadt las tremendas condiciones de vida se puedan, si no solucionar, sí, en alguna medida, amortiguar. Ése es mi objetivo y para ello he decidido poner en marcha lo que voy a llamar el *Freizeitgestaltung*: la organización de actividades para el tiempo libre. Conciertos, conferencias, exposiciones, representaciones teatrales, operísticas... –Hans y Viktor lo miraron como si estuviera completamente loco. El vicedecano, dándose cuenta, les dijo–: Sí, sí, ya sé que pensarán que he perdido el juicio. Pero créanme, no es así. Tenemos un material humano de primer orden, como en ningún otro lugar; artistas magníficos que se dejarían cortar la mano con tal de poder seguir ejerciendo su profesión. El arte, ustedes lo saben muy bien porque son unos excelentes músicos, ésa es la razón por la que los he mandado llamar, el arte, digo, es una forma de vida, es generosidad y entrega a los demás. La vocación de un artista es la más intensa, incluso mayor que la de un religioso. El verdadero artista simplemente se muere si no le permiten ejercer su profesión. Contando con eso, dispondremos aquí de cientos de ellos que darán lo mejor de sí mismos para seguirme en mi proyecto. He hablado ya, no crean que son ustedes los primeros, con muchos, y están dispuestos a ponerse incondicionalmente bajo mis órdenes y hacer lo necesario para que el *Freizeitgestaltung* salga adelante.

Hans, que durante toda la larga intervención de Zucker había bebido embelesado sus palabras, como si de pronto un ángel caído del cielo apareciera y le ofreciera la posibilidad de salir de la desesperada situación en la que se encontraba, se atrevió a interrumpirle:

–Me parece, doctor, una idea extraordinaria. Puede contar con nosotros; pero permítame preguntarle: ¿cómo van a autorizar los nazis un proyecto como éste? ¿Piensa de verdad que es factible

convencerlos? En todos los demás campos, con rarísimas excepciones, cualquier actividad artística llevada a cabo por judíos está prohibida. Incluso, usted lo sabe mejor que nadie, en el gueto de Praga teníamos grandes dificultades para poder trabajar.

—Sí, ya veo por dónde quiere ir —respondió Zucker, como si esperase la pregunta—, pero si me permite un ruego: déjeme ese tema a mí. —Permaneció unos segundos en silencio y mirando directamente a los ojos de Hans con una sonrisa que iluminó su cara, añadió—: Resolver este punto va a ser lo más difícil. Le he dado mil vueltas y creo haber hallado una solución. El Tercer Reich tiene necesariamente que mejorar su imagen ante la opinión pública internacional. Empieza a saberse la verdad sobre lo que ocurre en sus campos de concentración, y no se da crédito a lo que por ahora son sólo rumores. La Cruz Roja y otras instituciones internacionales piden con insistencia comprobar in situ lo que está sucediendo en los campos. La presión es cada vez mayor. Los nazis saben muy bien que incumplen de manera flagrante todas las normas sobre el trato a prisioneros de guerra de la Convención de Ginebra. Por supuesto que no cederán a la presión y evitarán a toda costa que se puedan poner en evidencia las atrocidades que están cometiendo. Tienen que encontrar, cómo les diría, una especie de tapadera. Entiéndanme bien, deben hallar un señuelo que les permita presentarse ante sus enemigos de manera más civilizada. Y esa tapadera pretendo que sea Theresienstadt. Sacaremos partido de ello, no les quepa la menor duda. Al fin y al cabo son los representantes de un país que ha sido el mayor baluarte de la cultura occidental desde los griegos. Alemania, no lo olviden, es la patria de Goethe y de Beethoven, de Bach y de Dürero, de Kant y de Haendel...

Viktor, sin poder contenerse, quiso intervenir. Al principio pareció como si no le salieran las palabras. La extraordinaria impresión producida por Zucker lo había conmovido. Se dio cuenta de inmediato de su poderosa fuerza de convicción y decidió en lo más profundo de su alma hacer lo que fuese necesario para ayudarlo en su proyecto. Al final, consiguió preguntar lo que le inquietaba:

—Doctor, a mí también me parece magnífico su propósito. Puede contar conmigo incondicionalmente; pero permítame preguntarle: ¿qué relación existe entre la creación del Freizeitgestaltung y la necesidad de ayudar a los niños? Mis hijos Max y Pavel están también aquí con su madre. Estoy muy preocupado por ellos. Los he podido ver muy poco desde que llegamos, ya que no me permiten visitarles. Pero dígame, ¿qué tiene que ver una cosa con la otra?

El rostro de Zucker reflejó una clara satisfacción ante la pregunta; se levantó de su asiento y respondió, encendido:

—¡Ahí está la cuestión fundamental! ¡Ésa es la principal razón por la que los he llamado! Debo confesarles que sabía de antemano que responderían a mi proyecto con entusiasmo. Con eso ya contaba. De hecho, como ya les he dicho, todas las personas con las que he hablado hasta ahora se han mostrado igual de entusiastas. Pero, queridos míos, a ustedes los necesito por partida doble, porque quiero que se concentren, que se dediquen con todas sus fuerzas a componer una ópera para niños.

—¿Una ópera para niños? —repitió Hans, sorprendido.

—Sí, una ópera dirigida a los niños en la que todos sus participantes sean también niños. Una ópera para ser representada en Theresienstadt, en la que intervenga el mayor número posible de chicos de cuatro a quince años. Ésta será la mejor manera, la única, de poder salvarlos de la actual situación en la que se encuentran. Y escúchenme con atención porque es importante: la ópera no deberá ser fácil de montar; cuanto más duren los ensayos, mejor. El objetivo es tener a los chicos ocupados el mayor tiempo posible. Tengan además presente que es indispensable que su estreno sea un gran éxito que congregue a un numeroso público, sobre todo infantil, que permita que se prorroguen las funciones y que pueda cruzar las barreras del gueto y llegar a oídos de todo el país.

Zucker se había expresado con tal vehemencia que tuvo que detenerse para recuperar el aliento. Viktor aprovechó la pausa para intervenir:

—Me parece una idea maravillosa, doctor; pienso, sin embargo, que la ópera debería componerla Hans. Su estilo encaja más en un proyecto como éste.

Hans interrumpe a su amigo:

—Podríamos escribirla los dos, Viktor, eso no supondrá ningún problema. En todo caso lo discutiremos con calma para ver la mejor manera de llevarla a cabo.

—Bien, discútanlo entonces —terció Zucker—; mas tengan presente que quiero que el Freizeitgestaltung se inaugure con esta ópera, por lo tanto disponen ustedes de poco tiempo. Tiene que estar lista, para que se inicien los ensayos, a lo sumo en dos meses. Saben a qué me refiero. Los niños no pueden seguir así. Cuanto antes se pongan en marcha, mejor. Ahora debo dejarlos. Mañana quiero que me acompañen a la entrevista que tengo con el comandante Seidl. Es una persona, ya lo comprobarán, en extremo vanidosa. Ése es justamente su talón de Aquiles; por ahí le pillaremos. Por otra parte, depende totalmente de Eichmann. Llegar a Eichmann es mi objetivo principal, pero necesito involucrar a Seidl, que piense que con nuestro proyecto se puede apuntar un tanto. Ya veremos. Tengo que darme prisa si no quiero llegar tarde a la reunión del Consejo. Por cierto, he conseguido que a partir de esta misma noche les asignen un barracón mejor. Estarán juntos. Hasta mañana, entonces. Los espero aquí a las once en punto.

* * *

A pesar de que los rasgos faciales del comandante de Theresienstadt, Siegfried Seidl, respondían al concepto más convencional del canon ario: pelo rubio y lacio, ojos de color azul claro con un fondo turquesa, nariz recta, pómulos levemente levantados y una piel rosácea y fresca, por alguna razón de la que sólo era responsable el capricho de la naturaleza, no acababan de producir una impresión del todo satisfactoria. Al verlo, uno se preguntaba dónde residía esa causa culpable de la falta de armonía en su rostro y se tardaba en descubrir que ésta provenía de sus labios, en exceso cortos, con

dos verrugas negruzcas muy pequeñas en su extremo izquierdo y que no terminaban de cerrar bien una boca de rictus duro y antipático. En su cuerpo menudo, bien proporcionado, destacaban unas manos muy blancas que se movían inquietas, rematadas por unos dedos delgados, pálidos, en los que siempre brillaba un anillo de tamaño excepcional, con la cruz gamada.

Siegfried Seidl siempre había creído conocer la vocación de su vida. Todo empezó cuando de niño su padre le explicó el origen de su nombre, relatándole las extraordinarias aventuras de la saga de los nibelungos, cuyo principal protagonista era Sigfrido. Tiempo después lo llevó a Bayreuth para asistir a las representaciones de *La Tetralogía* de Richard Wagner y ahí Siegfried Seidl, ya adolescente, recibió la llamada de una voz interior que le decía que la música iba a ser su destino. Se matriculó en el conservatorio de Viena, donde cursó primero estudios de piano con unos resultados esperanzadores, aunque en honor a la verdad, insuficientes para llegar a ser un auténtico virtuoso. Pero el sueño de Seidl era convertirse en un gran compositor y, no obstante su tendencia natural a la indolencia, se dedicó con tenacidad y entusiasmo a conseguir su objetivo. Estudió con Wilhelm Hellreiser, con calificaciones otra vez bastante aceptables, en todo caso suficientes para que pensara que su sueño estaba cerca de hacerse realidad. En esos años, la meca de todo estudiante de composición que se preciara eran los cursos que Arnold Schoenberg impartía en la Academia de las Artes de Berlín, y ahí se encaminó el joven Sigfrido con la esperanza de llegar a ser discípulo de tan renombrado maestro. Para ser admitido en las clases de Schoenberg se le debía presentar primero una obra propia que determinaba si el nivel era el exigido. Seidl había trabajado durante más de un año y medio en unas variaciones para piano a cuatro manos sobre el tema de la fragua de *El oro del Rin* de Wagner. Mil veces revisadas, estaba seguro de haber conseguido escribir por fin una obra maestra. Pero el juicio de Schoenberg no pudo ser más devastador: «En todo el tiempo que llevo analizando partituras, jamás me había encontrado con algo tan falto de interés. No tiene usted verdadero talento musical.

Piense inmediatamente en dedicarse a otra profesión». A Seidl se le vino el mundo abajo y se tomó el veredicto como la más terrible de las afrentas. Dolido en lo más íntimo, decidió abandonar su incipiente carrera como compositor y, a partir de entonces, anidó en su alma un odio mortal hacia Schoenberg y la nueva música. Una vez perdidos sus sueños de juventud, decidió cursar estudios de Derecho, aunque tampoco los pudo concluir, debido a su dificultad en concentrarse en materias por las que en el fondo no sentía ningún interés; probó entonces con la Filología Alemana, siendo ésta su último fracaso académico. Sus padres, de origen humilde, cansados al comprobar su falta de tenacidad y disciplina, dejaron de enviarle los fondos requeridos y Seidl deambuló, durante un cierto tiempo, por distintas localidades austríacas y alemanas, sin otro horizonte que tener un golpe de fortuna que pudiera enderezar su incierto porvenir. Éste llegó de súbito cuando, por causas imprecisas, conoció a Adolf Eichmann y entró a trabajar bajo sus órdenes en la Gestapo. Su ascensión en las SS fue tan rápida como sorprendente, ya que sus limitadas capacidades tampoco parecía que pudieran sobresalir en la carrera militar; pero lo cierto es que al cabo de dos años de servicios Seidl había ascendido a capitán. Un suceso penoso estuvo a punto de echar por tierra sus brillantes logros, cuando un compañero suyo, celoso del afecto que Eichmann le profesaba, después de mucho rebuscar en su árbol genealógico descubrió que su bisabuelo materno podría haber sido judío. Este hallazgo lo llevó a ser investigado por el comité de raza de las SS y de no haber sido por la rápida intervención de su protector, que consiguió que el asunto se olvidara, habría tenido consecuencias fatales para el recién nombrado capitán.

Recuperado del susto, Seidl, por su condición de miembro destacado de la Gestapo, fue descubriendo el placer que suponía tener poder directo sobre la vida y el destino de los demás; como consecuencia de ello se operó en él lo que bien podría calificarse de «transformación violenta de la personalidad». Su carácter hasta entonces blando, indolente, que le había hecho pasar por la vida con un cierto desdén contemplativo, de pronto se trocó en

algo mucho más duro e impaciente y, por primera vez, experimentó el dulce sabor que proporcionaba la crueldad. Eichmann, satisfecho al observar cómo su pupilo había fortalecido su temperamento, debido sin duda a la enseñanzas del credo nazi, confió en él para desempeñar tareas cada vez de mayor responsabilidad, hasta llegar a ofrecerle una de la máxima importancia para el Reich: la comandancia del campo de prisioneros judíos de Theresienstadt.

Cuando Otto Zucker, Viktor Ullmann y Hans Krasa llegaron al edificio de la comandancia, un lunes de junio muy caluroso poco antes del mediodía, alguien estaba tocando *Las variaciones Goldberg* de Bach. Un asistente con la cara avinagrada, que tenía dificultades para respirar, los acompañó a través de un corredor sombrío, presidido por un busto en bronce de Adolf Hitler y una bandera nazi. Los introdujo en una sala y les pidió que aguardaran hasta que el comandante tuviera a bien recibirles. La sala era amplia, pero estaba mal ventilada y desprendía un olor rancio, desagradable; su escaso mobiliario consistía en una mesa negra, unas pocas sillas duras a su alrededor y un sofá situado debajo de la única ventana, desde la que se veía el conjunto de edificios del campo.

Zucker sintió una repentina bajada de tensión. Tomó asiento en una de las sillas y permaneció con los ojos cerrados, sin apenas moverse. De pie, delante de él, Viktor y Hans sudaban copiosamente debido al calor que les producían sus chaquetas de lana gruesa. A través de una puerta entreabierta los tres veían tocar el piano a Seidl, que repetía insistentemente la transición entre la primera y la segunda variación de las Goldberg. El final de la primera estaba bastante bien; el problema surgía al principio de la segunda: ahí Seidl se atropellaba, perdía el ritmo e, incapaz de continuar, maldecía y volvía a intentarlo de nuevo. De repente el piano enmudeció. Al poco, Seidl apareció malhumorado y se encaminó direc-

tamente hacia Zucker. Viktor y Hans se acercaron para saludarle, pero éste, ignorándolos por completo, se dirigió a Zucker con un aire de grosera chulería:

–Vicedecano, no cierre las listas de los deportados de esta semana; quiero añadir cincuenta nombres más. En el bloque Cuatro se han producido alborotos y los responsables van a ser castigados. Advértaselo a Edelstein; no se olvide. En fin, ¿qué le trae por aquí? Sepa que no dispongo de mucho tiempo.

Zucker miraba directamente a los ojos de Seidl, mas de manera inesperada seguía sentado y en silencio, lo que provocó una tensión creciente.

Seidl, irritado, le preguntó:

–¿Qué le pasa, vicedecano? ¿Se encuentra usted mal? Le repito que dispongo de poco tiempo y, si no se le ofrece nada, tengo asuntos más importantes que atender.

Hans se adelantó para colocarse justo enfrente de él y, con un tono completamente serio, terció:

–Disculpe, comandante, quisiera presentarme. Soy Hans Krasa, el compositor. Permítame decirle que le he estado escuchando mientras esperábamos. Su interpretación del aria de las Goldberg me ha parecido excepcional. Tenía el *tempo* justo: ni demasiado lento ni demasiado rápido; todo fluía con naturalidad. –Seidl le miró desconcertado—. La primera variación también tenía el ritmo y la expresión exactos, y si me permite añadirlo, el problema en la segunda se debía a que el mordete del mi lo atacaba desde el propio mi; es mucho mejor empezarlo por la nota superior, por el fa; cuando lo pruebe verá cómo todas las dificultades desaparecen. Si quiere lo podemos comprobar ahora mismo.

El comandante pareció perder de golpe su autoridad. Sumiso como un niño de escuela al que reprenden, accedió a la propuesta que le había hecho Hans. Ya delante del piano, le pidió que tocara. Hans era un pianista excepcional y por supuesto conocía muy bien las Goldberg de Bach. Se sentó despacio, como un auténtico maestro, ajustó el taburete e interpretó a la perfección los compases mencionados. Después se levantó y le dijo:

—Ve, comandante, así es mucho más sencillo; y si me permite otra observación, disminuya usted hasta el *pianísimo* en el último compás de la primera variación, le será entonces más fácil atacar el forte rotundo y vigoroso de la segunda. Por favor, inténtelo ahora usted.

Seidl obedeció sin rechistar y siguió las indicaciones que le habían dado. La primera vez se volvió a equivocar en el mordete. Hans le repitió cómo hacerlo y tras dos o tres nuevos intentos pudo por fin resolver el problema que tantos quebraderos de cabeza le había ocasionado.

—Bravo, maestro. ¡Ésa era la solución! —exclamó exultante, gesticulando con ímpetu—. No comprendo cómo no se me había ocurrido antes. Ya sabía que usted era un músico excelente. Asistí al estreno de su sinfonía en París. Conozco su obra; incluso he acompañado al piano alguna de sus canciones.

Zucker, recuperado de su repentina indisposición, intercambió con Viktor una mirada socarrona, al tiempo que le hacía un guiño.

El comandante continuó con un tono amistoso, muy distinto del inicial:

—Bien, señores, vayamos al salón y explíquenme con calma el motivo de su visita.

El doctor Zucker expuso todos sus argumentos. Su relato fue brillante y en todo momento se dirigió al comandante de forma cordial y expansiva, como si decididamente lo tuviera por uno de sus mejores amigos. Hizo sobre todo hincapié en las razones políticas que lo llevaban al convencimiento de que el Freizeitgestaltung tendría para el Reich ventajas considerables. A Theresienstadt, recalcó, llegaba cada día un gran número de excelentes artistas judíos procedentes de toda Europa, a los que se obligaba a realizar trabajos forzados para los cuales no estaban preparados en absoluto; una función estéril que el Tercer Reich no se podía permitir. Sería preferible, llegó a decir, deshacerse inmediatamente de todos ellos y dejar paso a prisioneros más cualificados. Pero había una solución mucho mejor: aprovechar su potencial, servirse de él para proyectar una buena imagen exterior del Reich y demostrar que el

nuevo Estado alemán seguía siendo, era de hecho más que nunca, la primera potencia cultural del mundo. El destino de la gran nación alemana había sido siempre llevar orgullosa el estandarte de la cultura, con la satisfacción de pertenecer a una raza de hombres superior que hacía de ella el objetivo principal de su propia historia; una misión asumida con dignidad y coraje para ejemplo y admiración de los demás pueblos del mundo.

Zucker siguió desplegando razones cada vez más exaltadas sobre la función que podía tener el Freizeitgestaltung en los momentos decisivos que Alemania vivía. Expuso después todas las secciones con las que pensaba llenarlo de contenido: departamentos dedicados a la interpretación de la música orquestal, coral y de cámara; recitales líricos y de poesía, representaciones teatrales y operísticas, conciertos consagrados a la música contemporánea, al jazz y a la música de cabaret; exposiciones de pintura, escultura y arquitectura; conferencias y simposios sobre arte, literatura, filosofía y ciencia; incluso había pensado en una sección dedicada al desarrollo del deporte: fútbol, voleibol, balonmano, ping-pong... Y de todo ello se podría producir una película para ser exhibida en el exterior y dar testimonio del «milagro de Theresienstadt», no sólo permitido, sino propiciado por el Tercer Reich.

Seidl, abrumado, con un aire literalmente estupefacto, le interrumpió:

—Cálmese, vicedecano, modere su entusiasmo; permítame recordarle que Theresienstadt es un campo de concentración, no el Festival de Salzburgo.

Zucker, que ya tenía preparada la respuesta, prosiguió, gesticulando con las manos:

—Ha dado usted en el clavo, comandante; justamente es eso lo que pretendo: convertir Theresienstadt en el nuevo Festival de Salzburgo. Entiéndame bien... —Se detuvo brevemente, aparentando que perdía el hilo de su argumento, para continuar—: Sí, créame, aunque parezca imposible, ése es mi objetivo. Desde hace tres años el Festival de Salzburgo, como consecuencia de la guerra, ha ido disminuyendo de forma sustancial sus actividades; de hecho todos

los grandes festivales en Europa están en una situación parecida. Theresienstadt debe tomar su relevo y volver a encender la antorcha de la cultura, una antorcha que está a punto de apagarse. –Esto último lo dije con el tono melodramático que tanto éxito le proporcionaba cuando veía al público completamente entregado en sus conferencias–. Debe ser la prueba definitiva de que con la cultura jamás se podrá acabar. Y ¿sabe qué le digo, comandante?: el impacto que producirá Theresienstadt, un campo de concentración judío, en una Europa rota será formidable.

En el interior de Seidl parecían bullir sentimientos contrapuestos: por una parte, la palabrería desbordada de Zucker se le antojaba un disparate monumental, una idea descabellada sin ninguna posibilidad de salir adelante; pero, por otra, no podía dejar de admitir que el proyecto, por difícil que pareciera, era original. Si sabía aprovecharlo podría suponer una oportunidad de oro en su carrera. El trabajo rutinario en la administración del campo no sólo le aburría, sino que además pensaba que no le iba a reportar grandes beneficios; a lo sumo lo destinarían a otro mayor para desarrollar una actividad similar. No, decididamente no era eso lo que deseaba. Él disponía de capacidades suficientes para abordar responsabilidades mucho más importantes. Progresivamente fue convenciéndose de que el proyecto planteado por Zucker era la ocasión que estaba esperando desde hacía tiempo. Una sola cosa inquietaba al codicioso capitán: que se pudiera averiguar que la idea no había sido suya. Pensar en esa posibilidad lo reconcomía por dentro y lo hacía dudar. No se fiaba de Zucker. Si accedía a llevar adelante el plan quería tener la seguridad de que le dejaría todo el protagonismo. Pero ¿y si al final resultaba un fiasco y ese mismo protagonismo se volvía contra él? ¿Cómo conjugar la posibilidad de un éxito incierto con la eventualidad de un fracaso probable? Si el proyecto resultaba un éxito deseaba toda la gloria para él; si por el contrario salía mal, debería haber un único responsable: Zucker.

Todas las tribulaciones de Seidl podía adivinarlas Zucker con sólo mirarlo a los ojos. Se daba perfecta cuenta de cómo evolucio-

naba en su interior esa serpiente hambrienta llamada ambición. Era consciente del riesgo que supondría que Seidl, débil, cruel y vanidoso, tomara las riendas del proyecto. Le habría sido fácil dirigirse a Eichmann, un hombre gris, un burócrata sin talento, aunque con mucha más capacidad de organización; podía llegar incluso al propio Goebbels, ministro de Propaganda, al cual había conocido en la casa de Heydrich en Berlín poco antes de la guerra; pero estaba seguro de que las autoridades nazis no tolerarían que una iniciativa de tal envergadura viniera de alguien que no formaba parte de sus propias filas y que además era judío; por esa razón necesitaba a Seidl como intermediario.

Zucker iba a continuar la conversación cuando la puerta se abrió de golpe e irrumpió en la sala una mujer joven que se dirigió como una exhalación hacia Seidl y, con una voz dulce y persuasiva, le dijo:

–Sidi, perdona que os moleste. Acabo de llegar de Berlín. El viaje ha sido horrible y estoy muerta de hambre; he pedido que nos sirvan la cena a las cuatro y media. –Dio media vuelta y exclamó, decidida–: ¡Por Dios, qué calor hace aquí! Está todo cerrado; no se puede respirar. –Se fue hacia la ventana y la abrió de par en par, dejando que el aire caliente de las primeras horas de la tarde penetrara en la sala. Después, miró a los prisioneros de forma imperceptible, sin poder evitar que un ligero temblor de sorpresa se extendiera por su rostro. Con una pequeña alteración en su voz continuó–: Por favor, Sidi, preséntame a tus amigos, me gustaría conocerlos.

Desde la entrada de su mujer Seidl había permanecido con la mirada baja, como si le molestara terriblemente que lo viese con ellos. Siempre hacía todo lo que estaba en su mano para que sus visitas al campo fuesen lo menos frecuentes posibles. Intentaba alejarla de la suciedad y miseria de Theresienstadt, pues pensaba que no eran dignas de ella. Sin otra opción, enfurruñado, se dirigió a sus interlocutores con voz insegura:

–Señores, les presento a mi mujer, Elisabeth von Leuenberg.

Hans, que nunca perdía una oportunidad cuando se trataba de conocer a una mujer, se adelantó decidido y la miró directamente a los ojos.

–Encantado, señora. Me llamo Hans Krasa. Es un placer conocerla. Todos comentan su extraordinaria belleza; ahora veo que se han quedado cortos.

El comandante le lanzó una mirada furibunda que no pudo evitar que Elisabeth respondiera:

–Yo también he oído hablar de usted, maestro Krasa. Asistí con Sidi al estreno de su sinfonía en el Teatro de los Campos Elíseos de París. Fue un concierto magnífico. Siento de verdad reencontrarlo en esta situación. ¡Ojalá las cosas mejoren algún día! –Suspiró con tristeza, y le dijo a su marido–: No os quiero robar más tiempo; voy a avisar a Johanna para que tenga todo listo. –Dirigiéndose a los demás, añadió–: He tenido mucho gusto en conocerlos. Pienso quedarme unos días en Theresienstadt; espero que nos sigamos viendo. –Y como un rayo de luz que por unos instantes había resplandecido sobre todos los presentes, desapareció con la misma rapidez con la que había aparecido.

El humor de Seidl cambió por completo.

–Ya he perdido suficiente tiempo con sus disparates, vicedecano. Mi paciencia tiene un límite. No vuelva a pensar en cosas absurdas y concéntrese en realizar mejor su trabajo en el Consejo. He oído decir que no asiste a todas sus reuniones. De continuar así, haré que lo expulsen y pasará a ser un prisionero más sin ningún tipo de privilegios. –Tocó un timbre y al poco apareció el mismo subalterno que unas horas antes los había introducido en la sala. Seidl se dirigió a él–: La reunión ha terminado. Acompañe a los prisioneros a la salida.